BT 620
E4

A LA MEMORIA DE MI HIJO MANUEL

1. Inmaculada Concepción – Ensayos, conf., etc.

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SECRETARIA DEL ARZOBISPADO
DE
MICHOACAN

Gustoso comunico á Ud. por orden del Ilmo. y Romo. Sr. Arzobispo, que el Jurado Calificador ha juzgado MUY DIGNA DE SER PREMIADA, la composición cuyo lema es: RES COMPTEMTA HOMO EST NISE SE SUPRA HUMANA ELEVAVERIT; y que abierto el sobre respectivo, resultó ser Ud. el autor, por lo cual S. S. I. y R. le ha adjudicado el premio propuesto.

Al cumplir este mandato de S. S. I., tengo el honor de felicitar à Ud. por la justísima distinción que ha merecido.

Dios le guarde muchos años.

Morelia, á 7 de Octubre de 1904.

Francisco Banegas,
Srio.

Señor Licenciado
Don Francisco Elguero.
Presente.

002401

El Dr. Dn. Atenógenes Silva
Arzobispo de Michoacán

Adjudica al Sr. Lic. Dn. Francisco Elguero el premio que, á nombre del V. Cabildo Metropolitano, le concede por la composición intitulada: **Disertación histórico-filosófica,** que el Jurado Calificador designó como la superior entre las que se presentaron en el II tema del Concurso Científico-Literario Musical, que se abrió en esta Metrópoli para celebrar el **L Aniversario de la Declaración Dogmática de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María.**

Morelia, 8 de Octubre de 1904.

† Atenógenes,
Abpo. de Michoacán.

ADVERTENCIA

ADVERTENCIA

En Marzo último, comencé este libro, y como no he podido dedicarle diariamente sino los ratos de ocio, no muchos, en verdad, ha resultado obra *de primera intención.*

Esto no lo digo para que se disculpen sus muchas faltas, sino para que se vea que las reconozco, y para que, al menos, si se me echan en cara con justicia muchos defectos literarios, no se me tache de petulante.

Más aún: creo que el libro no tendrá sólo los defectos consiguientes á la rapidez con que se escribió, sino algunos otros que dependen quizá, como la traza ó plan, de insuficiencia de aptitudes en el autor, cosa irremediable, y que condenará á mi pobre libro á ser eternamente malo.

¡Qué lástima que uno de los muy pocos que en México se publican, con tan buenos fines como el mío, no salga airoso del intento!

He pensado muchas veces lo abigarrado que resultará un conjunto de tan diversas y hasta tan disparatadas materias, por mucho que me haya esforzado en ligarlas en apretado haz, con un pensamiento común; y el temor de hacer obra churrigueresca y barroca, como ahora se dice, me ha causado á menudo la tentación de abandonar el plan propuesto. Pero he considerado que mi trabajo no es de arte, sino de historia y de filosofía. ¿Qué me importa que el libro no tenga la forma sencilla y pura de un monumento clásico, si cuanto digo resulta verdadero, pertinente, y, en último análisis, sujeto á enlace y unidad?

Los males que podía remediar el dogma de la In-

maculada, es cuanto me he propuesto inquirir, (creo que el plan en abstracto no puede ser más sencillo), y no porque esas calamidades sean muchas y de muy diversa naturaleza, he de dejar de decirlas y de pintarlas; que mientras más numerosas y variadas fueren, más demostrarán la importancia y oportunidad de la declaración de aquella verdad admirable.

Fácil, facilísimo es, casi hasta seguro, que haya errado algunas veces en la elección de datos y en el juicio de los mismos, dejando que la imaginación hiciera lo que correspondía al discurso. Cuanto puedo asegurar acerca del particular es que he procurado ser discreto y prudente; pero en verdad que mucho me temo no haberlo siempre conseguido.

En medio de tantos temores, quédame un motivo de consuelo. Cuando perseguimos un fin muy alto con intenciones muy rectas, por más que el cansancio, ó el extravío de la senda, nos impida llegar á la cima, siempre algunos bienes, y no muy escasos, suelen cosecharse en el camino: es ley providencial.

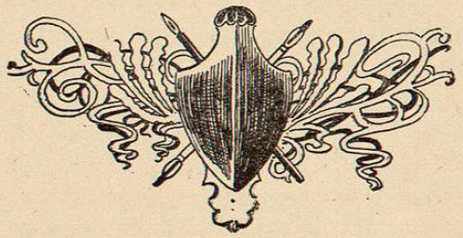
Una vez dos niños, como Santa Teresa y su hermano Rodrigo, por ejemplo, quisieron marchar á país de gentiles y dar su vida por la fe. No había moros ni chinos á dos mil leguas de distancia, y apenas unas cuantas habían caminado los rapaces lejos del hogar paterno, cuando cansados, hambrientos y sin saber qué rumbo tomar, se sentaron en la vera del camino, tristes y cabizbajos. En aquel momento vieron venir hacia ellos un anciano de noble continente y con algunas cicatrices en el rostro. Era un misionero que regresaba del Asia, desesperado de vencer tanto obstáculo á la evangelización de aquellas ingratas regiones. Pregunta á los niños á dónde van; le dicen éstos ingenuamente su imposible empresa, y el misionero reflexiona..... Pensaba en lo que San Pedro, cuando le dijo Cristo: *quo vadis?* Volvieron los niños á su hogar, y el anciano emprendió de nuevo el camino del destierro, de la lucha y del martirio. ¡Los pequeñuelos no fueron mártires; pero hicieron un apóstol, un mártir, un santo!

La anécdota anterior no es más que una fábula; pero ¡cuántas enseñanzas encierra!

Mi libro no conseguirá su fin científico; pero ¿no

estimulará á quien lo realice? Y si no hace un escritor, ¿no logrará sembrar siquiera en un alma recta ó pecadora algún buen pensamiento?

Desconfío de mis propias fuerzas; pero no de las de la verdad: por eso he escrito.

EL AUTOR.

Morelia, Octubre de 1904.